

ordenar el desarme de la milicia nacional de aquella capital, en castigo de haberse adherido al movimiento de Valencia, sin haber tomado en cuenta que al pronunciarse los nacionales de Albacete habían declarado que no se separaban de la obediencia del Regente, providencia la adoptada por este, que no podía menos de acabar de enajenarle la vacilante voluntad de los que en otras provincias todavía dudaban entre prestar fe á la empeñada palabra del duque, de que depondría en el seno de las Cortes su magistratura el 10 de octubre, ó en desechar toda perspectiva de reconciliación, mirando al Regente como legalmente exonerado por el decreto suscrito por el general Serrano en nombre del ministerio universal; consideración que debió haber pesado en el ánimo de Espartero tanto mas cuanto que en Galicia y en otras provincias sus nacionales y sus juntas habían adoptado un temperamento igual al que se castigaba en los de Albacete.

Burgos y Soria se pronunciaron en el mismo sentido que lo había hecho Valladolid, al paso que en Sevilla la situación se agravaba de resultados de los tardíos movimientos llevados á cabo por las fuerzas de que aun disponía el gobierno para sujetar las insurrecciones de Andalucía.

Por dos veces había sido designado para el mando en jefe de las fuerzas de la Regencia en el mediodía el conde de Peracamps, pero no salió de Madrid para ponerse al frente de ellas hasta el 13 de junio.

El 16 se presentaba Van-Halen á la vista de Granada que no pudo atacar por hallarla fortificada, artillada y defendida por mayor número de soldados de los que el general disponía. Carecía este además de piezas de sitio, y no pudiendo contar tampoco con la fidelidad de sus subordinados, retiróse á Jaén á efecto de reorganizar sus desmoralizados batallones, de cuyas filas desertaron en el corto espacio de cuarenta y ocho horas, mas de quinientos hombres. Empezó Van-Halen entonces su marcha para Córdoba, donde tuvo la suerte de que se le uniesen el regimiento de caballería de la Constitución y algunos cañones, refuerzo procedente de Sevilla, á cuyo pronunciamiento no habían querido asociarse aquellas tropas. Algun tanto remontado el decadente espíritu de los pocos batallones que seguían al general Van-Halen, entró este en Córdoba el 2 de julio, de donde tuvo que salir á una de caballo la junta coalicionista, la que perseguida por el brigadier Ibars que mandaba la vanguardia de Peracamps, fué alcanzada en Montilla y derrotada la tropa que la custodiaba, cayendo en poder del vencedor la caja de la junta insurreccional cordobesa.

Antes de alejarse del teatro de su reciente triunfo quiso el general poner la capital por él despronunciada en estado de sostener la bandera del gobierno y al efecto fortificó el palacio de la Inquisición, en cuyo fuerte instaló una columna de 350 infantes y 50 caballos, fuerza que confió al brigadier Bagés, dirigiéndose con el resto de su división á la Carlota, no perdiendo de vista su principal objeto, que era el de hacerse dueño de Sevilla. Antes de dar vista á la amenazada capital, recibió Van-Halen una cortés comunicación del general Figueras, jefe militar del alzamiento de aquella ciudad, por la que lo invitaba á hacer causa común con los coligados; mensaje al que dió Van-Halen por respuesta la devolución del sobre bajo el cual había recibido la comunicación de Figueras, acompañándolo al mismo tiempo que con las proclamas coalicionistas llegadas á sus manos, con el parte de su victoria sobre los junteros de Córdoba.

Siguió el lugarteniente del Regente su marcha, y entrado el 6 en Ecija, recibió la mala nueva de que la infantería de

unión que se ha proclamado, sería indigno del nombre español, merecería que todos unidos cayésemos sobre él para anonadarle.

Este es el voto mio y el de mis compañeros, españoles, este es el voto que cumpliré á todo trance. El que nos suponga otras intenciones, quien nos señale como venidos á resucitar otra bandera, ese es un enemigo del alzamiento nacional, un malvado que trata de dividirnos para diferir nuestro triunfo. Unión, pues, españoles; nuestra causa, la de la libertad y la de la Reina, ha triunfado para siempre: ni en España ni en el extranjero hay quien pueda contrarrestar la voluntad unánime de todos los partidos enlazados por la voluntad unánime y robusta de todos los pueblos. Teruel 4 de julio de 1843.—Ramon María Narvaez.

marina con cuya cooperación contaba para cortar á los sevillanos el paso del Guadalquivir, se había pronunciado, al mismo tiempo que lo había hecho la fragata *Córtes*, mandada por el general de marina Primo de Rivera, y de sus resultas estacionóse Van-Halen en Carmona y Alcalá de Guadaíra, habiendo intentado vanamente negociar con el ayuntamiento y autoridades de Sevilla los términos de una avenencia que los levantados rechazaron sin dejar á Van-Halen esperanza alguna de acomodamiento.

Interin este general consumía en la inacción, acantonado en Alcalá, días que los sevillanos supieron aprovechar con fruto, recibía la causa insurreccional en Andalucía un impulso de incuestionable precio con la llegada á las provincias meridionales del general don Manuel de la Concha, nombrado por el ministerio universal para el mando superior de las mismas.

Llegó Concha á Málaga y seguidamente á Granada sin otra fuerza que el prestigio de su nombre, toda vez que al presentarse en Cartagena á recoger dos batallones destinados por la junta de Valencia á formar el núcleo de las fuerzas con que debía Concha operar, encontróse con que otros jefes habían dispuesto de aquellos soldados y tuvo que resignarse á seguir su militante peregrinación, fiando á su acierto y á su buena estrella el éxito de su comprometida misión.

Lo estuvo esta en realidad primero en Málaga y posteriormente en Granada. En ambas capitales los progresistas mas exaltados, que componían parte de sus juntas, escrupulizaron en admitir á Concha como jefe superior militar, en atención á su colorido de moderado y por haber sido partícipe en los sucesos de octubre; pero la mayoría de los pronunciados y la tropa que se les había unido, superaron á las artes é intrigas suscitadas contra el general, lo aclamaron y lo obsequiaron, arrollando la inútil é inoportuna resistencia de los excéntricos opositorios.

Inauguró don Manuel de la Concha el reconocimiento de su jefatura por un acto y por procedimientos que grandemente enaltecerán su memoria. Prohibió que los individuos del ejército pasasen las revistas de comisario, figurando en ellas con empleos superiores á los que poseían antes del pronunciamiento, con lo que virtualmente desconocía los ascensos prodigados por el favor de los junteros. Revindicó además para los generales y jefes emigrados el honor de no aceptar premio alguno por su adhesión al alzamiento; y consecuentemente á su severa y disciplinaria doctrina, devolvió á la junta de Sevilla el nombramiento de teniente general con que esta quiso recomendar los servicios del entendido caudillo.

Después de consumidos por Van-Halen doce estériles días en las inmediaciones de Sevilla, recibió el 20 las piezas de batir que había pedido á Cádiz, pero que llegaron faltas de balerío correspondiente á su calibre y vióse tambien privado de los indispensables servicios de oficiales de artillería é ingenieros, cuya intervención era tanto mas necesaria para las operaciones de sitio, cuanto que perfectamente dotada la defensa de artillería y del personal á ella afecto, contestaba con superioridad á los fuegos del vacilante sitiador, y sírvome de aquel adjetivo fundado en que no cesaba Van-Halen de reiterar á los sevillanos propuesta de avenencia que estos constantes rechazaron.

Dejamos antes dicho que á su salida de Madrid dejó Espartero confiado al general don Antonio Seoane el mando de las tropas que aun le permanecían fieles en Cataluña, Aragón y Castilla. Dirigióse el Regente, como es sabido, á Albacete para estar al alcance de acudir á Valencia ó á Aragón segun lo exigiesen los accidentes de la empeñada lucha y principalmente los movimientos de Seoane con cuyas fuerzas debía contar para las operaciones que fuese recomendando el curso de los sucesos.

Mas semejante plan, que no dejaba de responder á atendibles consideraciones á la vez políticas y estratégicas, requería acierto y prontitud, ante enemigos lanzados á desesperada lucha y cuyo número crecía de día en día, y se hallaban además conducidos por hombres de la energía que caracterizaba á Narvaez, á Serrano, á Concha y á Prim.

Pero el Regente experimentaba en días para él tan críticos unas de aquellas parálisis de *spleen*, de cansancio moral,

que solían postrarlo en una inacción cuyos inconvenientes producían en él reacciones que no tardaban en hacerlo salir de su postración y hacían brillar en su persona el rayo de guerra que tan frecuentemente le allanó el camino de la victoria.

Desgraciadamente para su fortuna como para su gloria, Espartero, revestido del carácter de magistrado supremo, como Regente del reino, adoptó demasiado al pié de la letra la máxima de no estar llamado á gobernar por ser ésta misión reservada á sus ministros responsables; y esclavo de semejante falsa apreciación de parte de un general que salía á campaña, permaneció el duque inmóvil en Albacete, sin hacer nada y sin que Seoane respondiese á lo que se esperaba de su decisión y de un valor personal que no supo aquel utilizar como general en jefe.

Pero antes de reseñar la estéril campaña de Seoane en Cataluña, demos una rápida ojeada á las ingratas circunstancias en que se encontró Espartero en su marcha á Albacete. Al sacar de Madrid las tropas del ejército que componían su guarnición, no desconocía su antiguo ex-general en jefe que parte de la oficialidad le era desafecta. En Aranjuez se dió el alarmante espectáculo de que el regimiento de Luchana, cuerpo que siempre miró con predilección el conde de este título, manifestase síntomas de insubordinación, y se necesitó que el Regente en persona se presentase á arengar á los recalcitrantes para impedir un escándalo. Llegado el cuartel general á la Roda, el ministro de la Guerra separó á los oficiales de quienes mas sospechaba é hizo su entrada en Albacete el duque de la Victoria al frente de tres mil hombres escasos de las tres armas. Situado á no larga distancia de Valencia, de Teruel y del territorio donde operaba Narvaez, la prevision debió inspirar á Espartero haber tomado una dirección que lo aproximase al mas temible de sus adversarios, al mismo tiempo que acercándose al sur del curso del Ebro pudiese en caso necesario ligar sus movimientos á los de Seoane.

En nada de esto se pensó; inmóvil en Albacete las fuerzas salidas de Madrid, dejése á Narvaez libertad y tiempo para organizar su huerte en Teruel, Daroca y Calatayud, donde llegó á reunir cuatro mil infantes y seiscientos caballos, puesto á cuya cabeza el entendido ex-comandante general de la antigua división de vanguardia, el incansable perseguidor de Gomez, se adelantaba rápidamente sobre Madrid, donde en combinación con Azpiroz debía rendir á la Troya del *esparterismo*, como podía considerarse lo era entonces la capital de España, cuya milicia no cejaba en su entusiasmo á favor de la periclitante causa del Regente.

Pero todavía vinieron á redundar en mayor daño de este los hechos relacionados con el generalato de Seoane en el nordeste de la Península. Disponía este general de veinticinco batallones y once escuadrones, de los que confió diez y seis de los primeros y seis de los segundos á Zurbano, con orden á este para que forzase el paso del Bruch, en cuya operación sería apoyado por Seoane en persona, al frente de catorce batallones y seis escuadrones. Lisonjébase el Regente, que permanecía en Albacete, de que la insurrección catalana no tenía eco fuera de las capitales y de los centros populosos, y no daba grande importancia, equivocándose en ello de medio á medio, á los trabajos á que se entregaban Serrano y Prim en Cataluña, para reclutar fuerzas y armar voluntarios, y formando tales alegres cálculos los que rodeaban á Espartero miraban como próxima á ser sujeta la insurrección catalana, sofocada la de Valencia y, como consecuencia de semejantes eventualidades, el completo triunfo de lo que el gobierno y sus adictos creían ser la representación de la causa de la libertad legal.

Esperanzados en perspectivas que no debían realizarse y antes al contrario conducir á resultados enteramente opuestos, aguardaban confiados en Albacete el Regente y sus ministros la lisonjera noticia del paso del Bruch por Seoane, hipótesis sobre la cual fundaban la casi certidumbre de ver coronada la obra de la restauración autoritaria, consideraciones que influyeron en que diesen oídos á las instancias de Van-Halen, el que aseguraba que enviándole refuerzos de infantería y de artillería se haría dueño de Sevilla, hecho al que no podía menos de seguirse el aquietamiento de Andalucía, com-

plemento de la imaginaria campaña hija de la ilusión y de la ceguedad que conducía á su pérdida al español ilustre, próximo á sucumbir por efecto de las causas rigurosamente lógicas que creemos haber suficientemente explanado.

No eran sin embargo del todo infundadas las apreciaciones relativas á las probabilidades de éxito que habrían seguido á la operación del paso del Bruch, si hubiese sido efectuada con prontitud y vigor. Pero cometió Seoane un primer error, debilitando sus fuerzas con el envío del general Ena á Teruel con inferiores de lo que exigía la importancia de la operación. Ya hemos visto cuál era el espíritu defecionario que minaba á la división Ena y el fracaso que este experimentó. Lo general que se iba haciendo aquel mismo espíritu de alejamiento hacía el gobierno y de simpatía para la bandera alzada por sus contrarios, iba á hacer caer por su base las cuentas galanas fundadas en la victoria que á juicio de Seoane y de Zurbano debía seguir al forzamiento del paso del Bruch.

El 21 de junio ocupaba el último de estos generales á Igualada con 7,000 infantes, 500 caballos y 12 piezas, y dispuesto á continuar su movimiento ofensivo, comunicó al gobernador del castillo de Monjuich la orden de que rompiese el fuego contra la ciudad al oír el que partiese de las tropas de su mando por la carretera de Lérida á Barcelona. El 22 intimó el citado gobernador á las autoridades de esta última capital que se hallaba dispuesto á dar cumplimiento á las órdenes que había recibido, y, hecho mas importante aun, coincidió con estas disposiciones una significativa correspondencia entre Seoane y la junta de Barcelona. Manifestaba á esta el general el ánimo conciliador que llevaba, ajeno á toda idea de venganza, confirmaba la solemne oferta hecha por Espartero de que depondría en el seno de las Cortes la investidura que de ellas había recibido, y aunque la junta no se dió por convencida prestándose á entrar en inmediatas estipulaciones de acomodamiento, se producía en términos que no cerraban del todo las esperanzas de pacificación, sin que por ello cesasen la junta, el ministerio universal y los generales Serrano y Prim, de tomar con la mayor actividad y energía cuantas medidas requiriera la organización y armamento de los voluntarios y de los somatenes destinados á defender el paso del Bruch.

El 22 dirigía Seoane su última comunicación á la junta, pintando en ella con colores lisonjeros para la causa que defendía el estado de la nación, y repitiendo la pregunta de á qué podía conducir un pronunciamiento preñado de derrocamiento de sangre, toda vez que el ejército y la milicia estaban conformes en sostener la persona y los derechos de la Reina, y que el alzamiento tan solo se dirigía contra el Regente. «El ilustre caudillo, decía Seoane, está decidido y ha empeñado su palabra, como verá esa junta, por el manifiesto que acompaña, á deponer en el seno de las Cortes el depósito sagrado que las mismas le confiaron. Que con este objeto, añadía, había sido nombrado general en jefe de aquel ejército; que en descargo de su misión había dado orden al general Zurbano de marchar sobre Barcelona revestido del carácter de capitán general de Cataluña; que este llevaba fuerzas considerables y que él mismo se disponía á salir en su apoyo con el ejército de reserva, concluyendo por decir, que un solo disparo de fusil que se dirigiese contra Zurbano sería la señal para que el gobernador de Monjuich rompiera el fuego sobre la ciudad hasta someterla.»

Esta comunicación fué llevada, segun afirma el señor Pirala en su historia, por el capitán de Estado mayor que había traído á Seoane la de la junta, llevando además el encargo de que la respuesta definitiva debía ser comunicada á Zurbano lo mas tarde en la noche del siguiente día, pues dicho general llevaba la orden, segun fuera aquella, de comenzar las hostilidades ó de avanzar precedido de un ramo de oliva como prenda de paz.

En aquellos críticos momentos y en ambos confines de la especie de Termópilas que Zurbano se proponía forzar y Prim defender con no menos empeño, empleaban tanto Zurbano como los pronunciados cuantos medios de seducción podían discurrir para atraer á sus filas el mayor número posible de los que militaban en las contrarias.

El plazo marcado por Seoane iba á cumplir, y dispuesto

Zurbano á dar principio á las operaciones, salió de Igualada y llegó el 23 al Bruch sin haber encontrado la menor resistencia. Hizo un reconocimiento y se detuvo para adoptar ulteriores disposiciones, cuando le llegó la extraña orden del general en jefe para que en vez de avanzar retrocediese abandonando el plan de operaciones que con tanta confianza habían acariciado los dos generales y en las esperanzas de cuyo éxito había en gran parte fundado el Regente su mal aconsejada detención en Albacete.

¿Cuál era la causa de tan repentina y sorprendente novedad? Reconocía dos orígenes: el de las condiciones mismas que constituían la situación; el desprestigio y la desmoralización en la que dentro del mismo ejército había caído la bandera representada por su antes invicto general; el otro y no menos potente móvil de la contraorden, lo explicaría suficientemente el carácter impresionable y en cierto modo fosfórico del general don Antonio Seoane, hombre pundonoroso, leal, consecuente, de gran corazón, pero de muy limitadas facultades mentales, capaz de actos heroicos, pero desprovisto del conjunto de dotes que requiere el puesto de general en jefe, principalmente en épocas de guerra civil.

Bastantes ejemplos dejamos consignados de las defecciones y frecuentes deserciones que desde muy al principio de la contienda han dejado claramente ver, que una parte muy numerosa y escogida de la oficialidad del ejército había cesado de tener depositada su confianza en su antiguo caudillo, y que del mismo modo el corazón de los soldados se había enfriado respecto al hombre del que hicieran su ídolo. En efecto, de las filas del ejército cuyo apoyo había servido de pedestal á la popularidad de Espartero habían salido todos los batallones que en aquellos momentos acaudillaban contra el Regente, Narvaez, Concha, Serrano, Prim y Azpiroz. De aquellas mismas filas procedían los oficiales que á centenares habían pedido en Madrid sus licencias absolutas, inmediatamente despues de la caída del ministerio Lopez, y los que no en inferior número habían insistido en separarse del servicio en Zaragoza con Seoane, en Andalucía con Van-Halen y del mismo Regente en Albacete.

Una recrudescencia de igual síntoma de defección sorprendió y consternó á Seoane cuando desde Lérida se disponía á marchar en apoyo de Zurbano. En vísperas de efectuar su salida experimentaron los cuerpos que componían la reserva bajo el mando inmediato del general en jefe, numerosísimas deserciones; relajación de la disciplina militar que adquirió las proporciones de una catástrofe en presencia de haberse separado en solos dos días 192 jefes y oficiales, los unos bajo pretexto de tener pedidas sus licencias absolutas y los demás habiéndolo verificado sin miramiento al abandono que abiertamente hacían de sus banderas. Pero lo que mas terrorífico efecto llevó al perturbado espíritu de Seoane lo fué que su jefe de estado mayor el brigadier don Luciano Campuzano figuró entre los que se negaban á hacer armas contra aquellos á quienes se les conducía á pelear.

La retirada inmediatamente emprendida por Seoane sobre Zaragoza dejaba á Zurbano en situación peligrosa, pues había avanzado casi hasta dar frente á la vanguardia de Prim, á la que tenía que volver la espalda, expuesto á verse atacado al atravesar un territorio que el toque de *somaten* había convertido en hostil.

Vióse en su consecuencia compelido Zurbano á entablar comunicaciones con el brigadier Castro, jefe de la fuerza enemiga mas cercana, á fin de obtener concesiones que le permitiesen atravesar con menos riesgo el camino que debía seguir desde el Bruch hasta Cervera y Lérida, habiendo así cambiado Zurbano de la noche á la mañana su posición de agresor por la de protegido.

Nada es necesario añadir para entrever la índole de los sucesos que con asombrosa rapidez iban á desarrollarse.

La retirada de Seoane daba completa victoria al movimiento catalán, dejaba á Serrano y á Prim la libertad para avanzar sobre Madrid en combinación con Azpiroz y con Narvaez. No habrá además hombre político ni entendido militar que desconozca cuán poco podía prometerse Seoane de las tropas que le quedaban para luchar contra adversarios cuya apro-

ximación bastaba para atraerles auxiliares de las filas contrarias. Despues de haber experimentado dicho general todas las deserciones que tuvo en Lérida, por falta de confianza en sus soldados abandonó la operación sobre el Bruch. No tenía en Cataluña otros enemigos delante sino Serrano y Prim, que, si bien de gran prestigio, disponían de muy reducido número de tropas del ejército que oponerle, mientras que ahora iba á verse colocado en medio de tres adversarios temibles por su arrojo y por las superiores fuerzas que juntos reunían, no quedando á Seoane otra perspectiva que la de llegar á Madrid de donde no le era posible sacar soldados y donde podía verse reducido á un bloqueo, que en un pueblo de las condiciones de la capital de España sería de muy corta duración.

CAPITULO IV

Asedio de Madrid.—Torrejon de Ardoz.—Farsalia de la contienda

Marcha del Regente.—El general Azpiroz bloquea á Madrid: sus comunicaciones con las autoridades de esta capital.—Esperanzas de los defensores de Madrid en la llegada del ejército de Seoane.—Intimaciones de Narvaez.—Ineficacia del auxilio que traen á la defensa de Madrid los generales Iriarte y Ena.—Acción de Torrejon de Ardoz.—Capitulación y toma de Madrid por los coligados.—Últimos actos y operaciones del Regente.—Gallarda defensa de Sevilla.—Retirada del Regente: disolución de su ejército.—Embarque, despedida y expatriación del duque de la Victoria.

Pero dejemos á Seoane en retirada aproximándose á Madrid, á fin de no romper la unidad del animado cuadro de sucesos que estaban realizándose en diferentes puntos de la Península, todos ellos convergentes al final desenlace que iba á tener la contienda.

La detención del Regente en Albacete pudo en un principio ser considerada como siendo aquel punto susceptible de servirle de base para caer sobre Valencia obligando á Narvaez á acudir en su defensa, lo que no podía efectuar el último sin desventaja, por ser todavía inferiores las fuerzas que reunía á las que llevaba Espartero. No se resolvió este sin embargo á buscar á Narvaez y esperó en Albacete noticias de Aragón y de Andalucía, antes de resolver dónde se encaminaría con los cinco mil hombres que le quedaban despues de las bajas experimentadas á consecuencia de las numerosas deserciones.

Confiado el Regente en que Seoane haría victoriosamente frente á los levantados de Cataluña, no muy bien dotados de batallones del ejército permanente, supo con gran disgusto que los dos generales en los que mas confianza tenía depositada, Seoane y Zurbano, se retiraban de Cataluña sin haber disparado un tiro; pero todavía esperanzado en que acabarían por tomar la ofensiva y que en último resultado bastaban las tropas que tenían bajo sus órdenes para acudir á Madrid y conservar la posesión de la capital, prestó oídos á las reiteradas excitaciones de Van-Halen, quien no cesaba de asegurar que siendo reforzado con tropas se haría dueño de Sevilla y dominaría los pronunciamientos andaluces, dejándose el Regente influir por la opinión de los que se inclinaban á que tomase este último partido.

Los ministros quedados en Madrid se hallaban divididos acerca de dónde convendría que el duque se dirigiese, y aunque la mayoría del gabinete fué contraria á la marcha á Andalucía, cuando llegaron á Albacete las comunicaciones de la corte, ya se había puesto el Regente en camino para el mediodía.

El desaliento, el temor, la desmoralización hacían rápidos progresos en las filas de los partidarios del gobierno. En el cuartel general se ocultaba cuanto era posible á los soldados el conocimiento de las noticias adversas, y en Madrid llegó á tal punto el disgusto y la zozobra que inspiró á los ministros y á los milicianos la nueva del alejamiento del duque, que para mitigar sus efectos, quitando armas á los adversarios, adoptóse la excepcional medida de retirar á los periódicos de oposición la facultad de que el correo trasportase sus números á las provincias. Por lo peregrino, como adoptada por un régimen que blasonaba de liberalismo y de respeto á los derechos políticos de los ciudadanos, merece ser conocida la

orden en virtud de la cual vióse la prensa periódica excluida de las disposiciones del derecho comun (1).

El ayuntamiento, la diputación provincial y la milicia de Madrid, llevando á los últimos extremos su decisión en favor del Regente, renovaron su compromiso de conservar y sostener la capital del reino, y á fin de dar mayor eficacia é impulso á los medios de defensa contra los pronunciados que se adelantaban de Aragón conducidos por Narvaez y de Castilla bajo las órdenes de Azpiroz, formóse una junta llamada auxiliar de gobierno, compuesta de don Pedro Beroquí en calidad de presidente y de los señores Valdor, Garrido, Lancha, Tomás-Ondarreta, Santos Lerin y don José Fernando Escauriaza.

A los desesperados esfuerzos del Regente en sosten de su autoridad, respondían con significativas muestras de alejamiento los que en el ejército simpatizaban con los coligados. Menospreciando los preceptos de la ordenanza que no consiente que en tiempo de guerra los oficiales se separen del servicio bajo pretexto de pedir sus licencias absolutas, el cuerpo de Estado mayor en masa se presentó al capitán general San Miguel pidiendo sus licencias todos los individuos que lo componían; ejemplo que inmediatamente siguieron los oficiales del cuerpo de artillería y los del de ingenieros, y hasta los alumnos del colegio general de todas armas hicieron con aquellos causa comun.

Desconfiando el gobierno del regimiento de caballería de Lusitania que estacionaba en Madrid, dispuso que saliese á unirse á las tropas del Regente; pero en vez de ejecutar esta orden, Lusitania prefirió ir á incorporarse con los pronunciados.

El 11 de julio llegó á Guadarrama el general Azpiroz, procedente de Castilla la Vieja, al frente de una división compuesta de los regimientos provinciales de Leon, Avila, Palencia y Tarragona, de 500 caballos y 6 piezas de artillería rodada.

No desmayaron ante el peligro los milicianos de Madrid, y reforzados por aquellos de sus convecinos que participaban de sus mismas opiniones, resolvieron á oponer la mas enérgica defensa á los que miraban como enemigos. Azpiroz, sin embargo, abrió comunicaciones con la capital dirigiéndose al Capitán general y exhortándolo á evitar el derramamiento de sangre entre compatriotas y hermanos, á que se separasen de la obediencia de una situación que calificaba de hechura de una intriga extranjera, y ofreciendo cuantas garantías de olvido y de tolerancia se le pudiesen, á cambio de que se le abriesen las puertas de Madrid á fin de velar juntos, decía, por el reposo y bienestar de sus moradores y por la custodia de la joven Reina y de la infanta su hermana.

La respuesta de San Miguel rectificaba la idea que del estado de los ánimos en la capital decían tener los coligados, y concluía haciendo alarde de fidelidad al gobierno que le había confiado la guarda del sagrado depósito de las personas reales.

A la mañana del siguiente día ocupaba Azpiroz el cercano pueblo de las Rozas, iniciando su avance en dirección de la Puerta de Hierro; noticia que sirvió de señal para que Madrid tomase una actitud imponente. La generala llamó desde muy temprano los milicianos á las armas, ocupando sus batallones los puntos del recinto mas indicados como posiciones defensivas. Las Vistillas, la montaña del Príncipe Pío, el campo del Moro y el Retiro fueron ocupados por batallones de milicia. Fuertes retenes establecieronse en las plazas; colocáronse cañones en batería; dióse principio á la construcción de barricadas; abriéronse aspilleras y fosos; decretóse además de la movilización de los nacionales, un alistamiento general de todos los habitantes aptos para tomar las armas hasta la edad de sesenta años. La mayor vigilancia, general silencio y un ánimo resuelto parecían reinar en todos los ámbitos de la villa del Dos de Mayo.

(1) En cumplimiento de orden de S. A. el Regente del reino no se admitirán desde hoy al franqueo, ni tendrán curso por esta administración del correo general otros periódicos de política que *La Gaceta*, *El Espectador*, *El Patriota* y *El Centinela*, y en caso de caer suelto en el buzón no se dará curso á mas que á los referidos.

Madrid 1.º de julio de 1843.—José Rodríguez Espina.

La junta auxiliar de gobierno desplegó el mayor celo, y para que nada faltase, el infatigable Mendizabal supo, sin que lo hubiera en el Tesoro, encontrar dinero; recurso que permitió asalariar con cinco reales diarios á las numerosas clases de jornaleros que se unieron á los nacionales.

En esta situación pasó el día 12 y parte del 13 sin que ocurriese otro suceso notable que el de que Azpiroz hubiese situado su cuartel general en el Pardo, novedad que agravó é hicieron mas ruidosa los disparos de cañon de las baterías de la Montaña y las Vistillas que anunciaban la aproximación de los sitiadores, los que en efecto tomaban posesión de la Casa de Campo, de San Isidro y puntos mas cercanos, llegando sus avanzadas hasta el puente de Segovia, donde se encontraron al habla con los de Azpiroz los nacionales. El fragor de la guerra representado por el estruendo de los cañones y el de los tambores puso sobre las armas á toda la milicia y á los voluntarios armados que la secundaban. A la mitad del día creció la alarma generalizada por el vivo fuego que desde la puerta de Alcalá y desde el Retiro dirigían los sitiados contra los agresores que trataban de completar al rededor de la villa sus líneas de circunvalación. Empezó á circular entonces la noticia de que Narvaez se aproximaba con fuerzas cuyo número se exageró, y á la par corrían falsas y contradictorias especies sobre la vuelta del Regente y la próxima llegada de los cuerpos auxiliares de los generales Seoane, Zurbano é Iriarte.

Volviéron á renovarse en la tarde de aquel día las comunicaciones entre San Miguel y Azpiroz, correspondencia inquisitiva y esculpatoria en la que ambos se proponían demostrar ser la mejor causa la que respectivamente defendían, tesis que por lo que respecta á San Miguel iba apoyada por la firma de todos los individuos de la diputación provincial, los del ayuntamiento y de los comandantes de la milicia nacional.

Muy luego se confirmó como hecho del que no cupo duda la llegada de Narvaez cuya vanguardia pernoctó el 14 en Fuencarral. En los doce dias trascurridos desde que salió de Valencia había recorrido dicho general todo el Bajo Aragón y la Alcarria, levantado y animado á los pueblos en favor de la causa por la que militaba, al mismo tiempo que traía engrosadas con triple número de infantes y de jinetes las fuerzas que sacó de la ciudad del Cid.

Era aquel caudillo hombre que jamás descuidaba traer en apoyo de las empresas en que se hallaba empeñado cuantos elementos podían coadyuvar á su éxito, é importándole al presente hacerse acepto á los liberales, dirigió desde Algorta una intencionada proclama á la milicia de Madrid en la que procuraba atraerla valiéndose del muy especial argumento de que la manifestación de la voluntad general de la nación contra el gobierno que Madrid quería defender relevaba á su milicia y á los habitantes de la capital de la obediencia que antes debieron prestar á la autoridad que la confianza pública había acabado por repudiar. Ratificaba Narvaez con énfasis el juramento que tenía prestado á las instituciones libres.

Procuró Mendizabal neutralizar la impresión producida por la presencia de Narvaez delante de Madrid recorriendo los puntos ocupados por los batallones de la milicia, á los que dió lectura de una carta escrita en Zaragoza el 11, y en la que aseguraba Seoane que *no podría Narvaez estar doce horas al frente de Madrid sin ser atacado por su espalda y destruido*.

El general que así se expresaba con objeto de inspirar confianza á sus amigos, acababa de experimentar en Zaragoza el abandono que de su obediencia hicieron separándose del servicio, un número de jefes y oficiales no inferior al que lo había efectuado en Lérida, suceso que fué la causa de la perturbación de espíritu que arrancó á Seoane la contraorden por él dada á Zurbano para que desistiese del paso del Bruch y motivó la retirada á Zaragoza del cuerpo de ejército en que mayor confianza había fundado el Regente.

Inverosímil parecería á no estar confirmado por testimonios auténticos, que el hombre que acababa de sufrir el nuevo desengaño de las separaciones de oficiales en gran número y entre ellos la de dos de sus propios ayudantes, uno de los cuales era su obligado, y que dos ó tres dias antes del día de